

**LOS
MITOS
DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**

Bajo la dirección de
Jean Lopez
Olivier Wieviorka

LOS MITOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Traducción de Silvia Kot

Lopez, Jean

Los mitos de la Segunda Guerra Mundial / Jean Lopez ; Olivier Wieworka. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2016.
368 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9888-9

1. Historia Militar. 2. Historia Política. 3. Guerra Mundial. I. Wieworka, Olivier II.
Kot, Silvia, trad. III. Título.
CDD 940.53

Los mitos de la Segunda Guerra Mundial

Título original: *Les mythes de la Seconde Guerre Mondiale*

© Éditions Perrin, 2015

Traductora: Silvia Kot

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

ISBN 978-950-02-9888-9

1ª edición: octubre de 2016

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en agosto de 2016.

Índice

Introducción	9
1. Todos los británicos apoyaban a Churchill antes y durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial.	11
2. La derrota francesa de 1940 era inevitable.	29
3. Los submarinos alemanes pudieron haber invertido el curso de la guerra	41
4. Hitler se adelantó a un ataque de Stalin	51
5. Pearl Harbor, una victoria japonesa	77
6. Rommel fue un buen jefe de guerra	87
7. Los ferroviarios, punta de lanza de la Resistencia francesa y actores principales de la Liberación.	97
8. La economía soviética no podía competir con el potencial industrial del Reich	107
9. Montgomery, un general sobrevalorado	121
10. La Waffen-SS: soldados de elite	133
11. La Segunda Guerra Mundial, un asunto de hombres	149
12. El ejército italiano era malo	169
13. El Pacífico, un teatro de operaciones secundario	187
14. El desembarco de Provenza, una operación inútil	201
15. El soldado norteamericano no sabía combatir	213

16. El cuerpo expedicionario francés en Italia: un sacrificio inútil	231
17. Los bombardeos aéreos derrotaron a Alemania.....	243
18. Los kamikazes murieron en vano	261
19. Francia contribuyó a la victoria de los Aliados.....	271
20. Las “armas milagrosas” alemanas pudieron haber cambiado todo	293
21. Alemania perdió la guerra a causa de Hitler	311
22. Japón capituló como consecuencia de Hiroshima	325
23. Yalta o el reparto del mundo entre los Tres Grandes	345
 Acerca de los autores	 363

Introducción

Gracias a las investigaciones que realizan los historiadores, cada vez se conoce mejor la Segunda Guerra Mundial, pero todavía subsisten muchos mitos. ¿Cuánta gente culta cree que la derrota de Francia en los días oscuros de 1940 era inevitable, que Pearl Harbor constituyó una aplastante victoria del Imperio japonés sobre los Estados Unidos, que Rommel era un fino estratega, que los soldados estadounidenses no sabían combatir, que Hitler no hizo más que adelantarse a un ataque de Stalin? Estos pocos ejemplos, y la lista no es exhaustiva, conforman un diccionario de prejuicios que son desmentidos por las más recientes investigaciones historiográficas.

La persistencia de estas ideas convencionales pone en evidencia una dificultad: a pesar de su talento, los historiadores no siempre lograron que el gran público compartiera el fruto de sus trabajos. Confirma también que la propaganda de la Segunda Guerra Mundial hizo estragos, mucho más allá de la derrota conjugada de las fuerzas del Eje. Porque la imagen de Erwin Rommel, el “Zorro del Desierto” que combatió con honor, y la fábula de una economía nazi poderosa y eficaz salieron directamente de las oficinas del doctor Goebbels, el diligente ministro del Führer que se dedicó a elogiar durante los años oscuros tanto los méritos del mariscal Rommel, como el talento del arquitecto Albert Speer.

Luego, ni los grandes jefes civiles y militares del Reich, ni los dirigentes de Japón quisieron disipar la duda y prefirieron presentar la guerra que ellos habían llevado adelante bajo los colores más favorables, en vez de seguir los cánones de la lucidez y la veracidad. Ningún jefe de la Wehrmacht, las Fuerzas Armadas alemanas, reconoció la participación de sus tropas en el exterminio de los judíos de Europa: optaron por cargar el crimen sobre los hombros de los soldados políticos del Führer, la SS. El camino a la verdad estaba, pues, sembrado de obstáculos, y esto explica que a veces fuera tan difícil de despejar.

Este libro pretende restablecer algunos hechos, revisando, a lo largo de veintitrés capítulos, grandes mitos que, aunque a menudo fueron tomados como verdades absolutas, simplemente son erróneos. Sin pretender agotar el tema, espera ofrecerles a los lectores el fruto de las investigaciones más recientes. Creemos que los resultados, a menudo inesperados, serán apasionantes y quizá sorprendentes. Este es, al menos, nuestro anhelo.

Todos los británicos apoyaban a Churchill antes y durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial

François Kersaudy

Varios factores han contribuido a originar y perpetuar este mito: en primer lugar, las organizaciones y los gobiernos en el exilio en Londres durante la guerra, a menudo divididos y aislados, estaban impresionados por la apariencia de apoyo unánime que presentaban sus anfitriones británicos; en segundo lugar, las propias *Memorias de la Segunda Guerra Mundial* de Churchill, que suprimen los desacuerdos y los disensos dentro y fuera de su gobierno, alentaron esa impresión, que se fortaleció con el paso del tiempo; y por último, por el hecho de ganar la guerra, muchos de los que criticaban la manera en que se había conducido, luego se abstuvieron de jactarse de ello.

Ante todo, hay que determinar quién estaba involucrado y en qué época. Porque cuando se dice “los británicos”, se piensa en primer lugar en la opinión pública, pero también están incluidos la prensa, el Parlamento, los partidos, el gobierno, el gabinete de Guerra y los jefes del estado mayor, sin olvidar a la propia monarquía. Que Churchill pudiera contar con el apoyo constante e indefectible de todos esos actores desde el principio hasta el final de la Segunda Guerra Mundial parece demasiado hermoso para ser cierto...

LA OVEJA NEGRA DEL ESTABLISHMENT

Entre fines de 1936 y principios de 1939, Winston Churchill fue, sin duda, el político más impopular de Gran Bretaña, y sobre todo dentro de su propio partido: después de haber abandonado el gabinete en la sombra al comienzo de 1931, por una divergencia absoluta con respecto a la India, se había convertido en un diputado conservador opositor. Pero con su partido y con todos los demás, también había criticado el desarme, la política de defensa del gobierno, el pacifismo del primer ministro Stanley Baldwin y luego la política de apaciguamiento de su sucesor, Neville Chamberlain. Además, sus llamados a favor del rearme, su apoyo al rey Eduardo VIII y su firme oposición a los acuerdos de Múnich lo habían aislado políticamente en el Parlamento, de modo tal que a fines de 1938 no tenía más de una docena de aliados en los Comunes, la mayoría de los cuales, como Anthony Eden y Alfred Duff Cooper, le mostraron incluso un apoyo bastante tibio. El hecho de que la política de Neville Chamberlain desde Múnich hubiera recibido también la aprobación del gobierno, de los partidos, de casi toda la prensa y de una enorme mayoría de la opinión pública británica explica en gran parte el ostracismo que debió enfrentar el diputado Churchill. Incluso en su circunscripción de Epping, se constituyó un fuerte *lobby* para protestar contra su actitud de oposición a los acuerdos de Múnich. El rey Jorge VI en persona apoyó públicamente la política de Neville Chamberlain, y esto acentuó la sensación de aislamiento de Churchill, sin que este modificara su oposición absoluta a las ilusiones del apaciguamiento y a las incoherencias del desarme.

La entrada de los alemanes en Praga, seguida por las primeras exigencias contra Polonia, empezó a abrirles los ojos a los británicos en el Parlamento, en la prensa, en los ambientes intelectuales y de negocios: finalmente, todos comprendieron que la guerra era inevitable, que Inglaterra no estaba preparada y que Churchill lo venía diciendo en todos los tonos posibles desde hacía ya seis años. En ese momento, cuando había que enfrentar indudablemente a una dictadura armada hasta los dientes, ¿podían prescindir de un viejo guerrero como Churchill? De pronto, sus discursos en la Cámara de los Comunes encontraron oídos más receptivos y los grandes periódicos nacionales empezaron a exigir su regreso al gobierno: en abril, el *Daily Telegraph*, el *Evening Advertiser* y el *Sunday Pictorial*; en mayo, el *News Chronicle* y el *Time and Tide*; en julio, el *Yorkshire Post*, el *Observer*, el *Sunday Graphic*, el *Daily Mail*, el *Evening Standard* e incluso el *Manchester Guardian*, exhortaron al primer ministro Chamberlain a “colocar el patriotismo por encima de los recelos personales”.

En realidad, no se trataba realmente de recelos personales, aunque estos abundaban dentro del *establishment* conservador: Chamberlain temía que el diputado de Epping dominara rápidamente a su gobierno y creía sobre todo, al igual que sus ministros Simon, Hoare y Halifax, que la llegada de Churchill al gobierno sería interpretada como un mensaje de guerra dirigido a Berlín. A pesar de los nubarrones amenazantes que se acumulaban en Europa, Chamberlain seguía buscando la paz a cualquier precio... excepto la pérdida de su puesto. Por eso, durante el verano sus emisarios intensificaron los gestos de conciliación hacia el Führer, mientras presionaban discretamente a los polacos para que negociaran con Berlín. Pero la firma del pacto

germano-soviético del 23 de agosto y la invasión a Polonia el 1º de septiembre pusieron fin brutalmente a las ilusiones oficiales: ante la perspectiva de una rebelión en el seno de su gobierno y de su mayoría parlamentaria, Chamberlain no tenía otra salida que declarar la guerra. Y para todos, incluso para los más implacables adversarios de Churchill, era inconcebible afrontar un conflicto de gran envergadura sin la participación del único político que conocía la guerra, no le tenía miedo y sabía conducirla. De modo que al comenzar la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill fue nombrado en el puesto que ya había ocupado un cuarto de siglo atrás: el de primer lord del Almirantazgo.

Para Churchill, no existiría la “*drôle de guerre*” (el período inicial, entre septiembre de 1939 y mayo de 1940): sus naves atacaron despiadadamente a la Kriegsmarine, la marina de guerra alemana, sufrieron importantes pérdidas, pero terminaron por obtener una brillante victoria contra el acorazado *Graf Spee* en el Río de la Plata. El activismo de Churchill, además de sus magníficos discursos en el Parlamento y en la BBC, produjeron un excelente efecto sobre la moral de los simples ciudadanos, los militares, los diputados e incluso los ministros. Sus permanentes intervenciones en los asuntos de todos sus colegas, así como los múltiples planes de ofensivas que le propuso al primer ministro, revigorizaron a un gobierno muy poco belicoso, pero atemorizaban a un primer ministro que no quería “provocar a Alemania”, esperando confusamente que la guerra terminara sin tener que actuar. Casi todos sus ministros también se exasperaban ante las intervenciones bastante caóticas del primer lord en sus terrenos de competencias: Churchill no era demasiado popular dentro del gobierno. Sin duda, lo era más entre la población, pero en diciembre

de 1939, una encuesta indicó que el 63,78% de los británicos aprobaba la política de espera de Neville Chamberlain y que el 51,69% lo prefería como primer ministro, contra solo el 30,27% que estaba a favor de Churchill; el 18%, que no tenía opinión.

PRIMER MINISTRO POR DEFECTO

Lo que cambió la situación fue el comienzo de las operaciones de guerra activas en el continente: a principios de abril, cuando la Wehrmacht conquistó Noruega por medio de una operación relámpago, el débil cuerpo expedicionario británico que intentó expulsarla de allí fracasó frente a Narvik y fue rechazada alrededor de Trondheim. Quedó cruelmente al descubierto la estrategia vacilante de los responsables británicos y la pobreza de sus soldados, lo que creó un clima de pánico en la población y entre los representantes del pueblo. Todos veían acercarse a las islas británicas el terrible fantasma de la derrota: esto explica la vertiginosa caída de popularidad de Neville Chamberlain y los duros debates en la Cámara de los Comunes en los días 7 y 8 de mayo de 1940, a cuyo término renunció el primer ministro. Lord Halifax parecía ser el sucesor más aceptable para todos los partidos, pero rechazó el puesto, que finalmente recayó en Winston Churchill, en cierto modo a falta de otra opción.

La llegada al poder supremo del diputado y primer lord Churchill no provocó demasiado entusiasmo en el *establishment* político y administrativo británico, como lo atestiguó un secretario de Chamberlain, John Colville:

En el número 10 [de Downing Street], esperábamos ansiosamente que el rey llamara a lord Halifax. Pero eligieron a Churchill, y nosotros consideramos con cierto disgusto la llegada de sus insignificantes asistentes Bracken, Lindemann y Desmond Morton. [...] El país había caído en manos de un aventurero, brillante, sin duda, y un orador persuasivo, pero un hombre cuyos amigos y partidarios no eran personas a las que se pudiera confiar el manejo de los asuntos del Estado en la hora del mayor peligro. Pocas veces suscitó la llegada al poder de un primer ministro tantas dudas en el *establishment* y tanta convicción de que esas dudas estarían justificadas.

Como muchos de sus colegas, pronto John Colville reconoció su error: después de formar un gobierno de coalición del que era al mismo tiempo el jefe y el ministro de Defensa, Churchill se dedicó a transformar el país en una fortaleza. Su energía era inagotable y sus discursos enardecían al país desde Westminster y Whitehall hasta el último hogar de las islas británicas. Sus exhortaciones y sus instrucciones a los secretarios, los ministros, los funcionarios, los diplomáticos y los jefes de estado mayor fluían en forma permanente. Mientras los ejércitos franceses y británicos eran seriamente derrotados en el continente a fines de mayo de 1940, Churchill se presentaba como el garante de una lucha a ultranza contra el nazismo, fuera exitosa o no. Aunque algunos personajes de primer plano de su gobierno, como Chamberlain y Halifax, se declararon más o menos discretamente a favor de llevar a cabo negociaciones indirectas con Hitler; sin embargo, en las sesiones del gabinete de Guerra realizadas entre el 26 y el 28 de mayo, la habilidad,

la elocuencia y la fuerza de convicción del primer ministro los redujo al silencio.

Hasta mediados de junio de 1940, el éxito del reembarco de Dunkerque, las peripecias de la batalla de Francia, la cooperación franca y leal de los ministros laboristas y la considerable repercusión de los discursos de Churchill en la BBC y en el Parlamento terminaron por acallar todas las oposiciones manifiestas a su política. Pero había oposiciones secretas, como lo informó el 17 de junio el embajador de Suecia, Björn Prytz, en un telegrama al ministro de Relaciones Exteriores, Günther:

En una conversación de ese día con [el subsecretario de Estado] Butler, este me confirmó que [...] la actitud oficial de Gran Bretaña sería en ese momento que la guerra debía continuar, pero me aseguró que se haría todo lo posible por alcanzar una paz concertada, en el caso de que existieran algunas posibilidades de conseguir condiciones razonables. Stop. No se permitiría que eso fuera obstaculizado por actitudes intransigentes. Stop. [...] Durante la conversación, Butler fue convocado por Halifax, quien me hizo saber que la política del gobierno británico se regiría por el sentido común antes que por las bravatas. [...] Añadió que no debía interpretarse que buscaba la paz a cualquier precio. [...] De mis conversaciones con otros líderes parlamentarios, parece desprenderse que se espera que en un futuro próximo se presenten perspectivas de negociaciones. Stop. Eventualmente después del 28 de junio. Stop. Halifax podría suceder a Churchill.

UNA OPOSICIÓN AL ACECHO

Por supuesto, eso no sucedió, y Halifax incluso tuvo que retroceder, rechazando personalmente las propuestas de paz de Hitler, el 22 de julio. Además, las duras experiencias de la batalla de Inglaterra, la bravura de los pilotos de los Aliados, los magníficos discursos de Churchill y sus frecuentes visitas a las poblaciones damnificadas acrecentaron enormemente su popularidad. Sin embargo, incluso después del fracaso de la ofensiva aérea alemana y las primeras señales del abandono de los planes de desembarco enemigo, había muestras de una sorda oposición a Churchill en el *establishment*. El viejo jefe liberal Lloyd George declaró en el otoño: “Esperaré que Winston se derrumbe”, y en una carta al duque de Bedford, preconizó “negociaciones de paz con Alemania después de la batalla de Inglaterra”. Churchill sabía por experiencia que el mundo político era despiadado y que muchos otros, además de Lloyd George, esperaban los primeros desastres militares para desestabilizarlo y forzar su dimisión.

La prensa también contribuyó en gran parte a ello, y tras el fracaso de Dakar en septiembre, desencadenó una guerra sin cuartel contra el gobierno. El *Daily Mirror* denunció un “grosero error de cálculo”, y agregó: “Sin duda, con Dakar hemos tocado el fondo mismo de la imbecilidad”. Pero Churchill, consciente de la influencia de la prensa sobre una opinión pública que disponía de muy pocas informaciones confiables, acusó de inmediato a sus detractores, declarando en la Cámara de los Comunes el 8 de octubre: “La crítica puede ser útil cuando es constructiva, rigurosa y está bien informada. Pero el tono que se observa en algunos órganos de prensa, felizmente en pocos, cuando se refieren

al episodio de Dakar, y a otras cuestiones aún más graves, es tan agresivo y malévolo que sería casi indecente aunque se dirigiera al enemigo”.

Esto apaciguó por un tiempo el fervor de los opositores, sobre todo porque tras el deceso de Chamberlain en noviembre, Churchill ocupó su lugar como jefe del Partido Conservador. Pero este era muy consciente de que su permanencia como primer ministro dependía del éxito de las armas británicas en los diversos escenarios de guerra. Lamentablemente, en los primeros meses de 1941, las victorias fueron escasas y hubo muchas derrotas, especialmente en Libia, Grecia y Creta, donde los soldados de Su Majestad, poco entrenados y mal equipados, se vieron obligados a efectuar retiradas y evacuaciones humillantes. Entre mayo y junio de 1941, muchos se quejaban en Gran Bretaña de la conducción de las operaciones, y esto se reflejaba claramente en la prensa, en los clubes, en las turbulentas sesiones de Cámara.

En esa época –recordaría más tarde el general sir John Kennedy–, las críticas a Churchill eran amargas y generales. Sostenían que algo no estaba funcionando en el mecanismo de la dirección militar de la guerra. [...] Hablaban de improvisación y oportunismo. Decían que [...] desde el origen, las opiniones de los militares eran falseadas o influenciadas por la terrible elocuencia de un primer ministro que era al mismo tiempo abogado, testigo, procurador y juez. Se criticaba también su manera de enviarles a los comandantes en jefe instrucciones personales sin haber consultado a los expertos, así como su costumbre de llevar peligrosamente al agotamiento a los jefes de estado mayor.

El diputado Henry “Chips” Channon, un temible chismoso, escribió también en su periódico en esa época: “Las críticas a Churchill aumentan en todas partes. Su popularidad está en caída libre y muchos de sus enemigos, durante mucho tiempo reducidos al silencio, han vuelto a hacer oír su voz. Lo ha afectado seriamente el problema de Creta”.

EL PODER DEL VERBO

La victoria tiene muchos padres, pero la derrota es huérfana... En Gran Bretaña, todo dependía de la Cámara: si dejaba al gobierno en minoría, Churchill debería renunciar. Pero el discurso que pronunció frente a los diputados el 10 de junio de 1941 fue magistral:

Para poder elaborar un juicio racional sobre nuestro dispositivo aéreo y sobre nuestra incapacidad de asignar suficientes aviones a la defensa de Creta, habría que saber, no solo a cuánto asciende la totalidad de nuestros recursos, sino también cuál era la situación en todos los demás escenarios que eran estrechamente interdependientes. Es inútil pretender juzgar estas cuestiones sin tener un conocimiento exhaustivo de hechos que, evidentemente, no pueden hacerse públicos. [...] Veo que algunos dicen que nunca deberíamos combatir sin tener un apoyo aéreo adecuado. [...] Pero ¿qué hacer si no podemos tenerlo? No siempre podemos elegir entre una buena y una mala solución: con mucha frecuencia, debemos elegir entre dos soluciones muy malas. Y si no podemos tener todo el apoyo aéreo deseable, ¿abandonaremos

sectores estratégicos importantes? Otros me dijeron que solo deberíamos defender lugares que estamos seguros de poder conservar. Pero ¿acaso se puede estar seguro del resultado de la batalla antes de que empiece? Y en ese caso, ¿no podría lograr el enemigo, sin combatir, una cantidad ilimitada de conquistas? [...] Al combatir empecinadamente para defender posiciones importantes, incluso en condiciones desfavorables, no solo se gana tiempo: se le opone una feroz resistencia a la voluntad del enemigo. [...] Creta era un baluarte muy importante en nuestra línea de defensa: era como el fuerte de Douaumont en Verdún, en 1916, o la colina de Kemmel, en 1918. Ambos fueron tomados por los alemanes, pero en los dos casos, perdieron la batalla, también la campaña y por último, la guerra. Pero ¿están seguros de que se habría llegado al mismo resultado si los Aliados no hubieran luchado por Douaumont y por la colina de Kemmel? ¿Y por qué otra cosa habrían luchado? Solo se pueden juzgar esas batallas en relación con el conjunto de la campaña. [...] Si en tiempos de guerra un gobierno parece no estar en condiciones de obtener finalmente la victoria, ¿qué importan sus justificaciones? En ese caso, debería renunciar, siempre que estén seguros, naturalmente, de encontrar otro que sea capaz de actuar mejor. [...] Pero si un gobierno se ve obligado a mirar todo el tiempo por encima del hombro por miedo a ser apuñalado por la espalda, es imposible vigilar al enemigo.

¿Alguien ha expresado mejor las presiones y los dilemas que debe enfrentar el estratega? En ese momento, estas frases produjeron un gran efecto sobre los honorables diputados, porque aunque los resultados obtenidos en los campos de batalla fueran

mediocres, evidentemente no había nadie en Londres que pudiera reemplazar a Winston Churchill en su doble papel de primer ministro y ministro de Defensa...

En realidad, fue el propio Adolf Hitler quien acudió en ayuda de Churchill: el 22 de junio de 1941, mientras su Wehrmacht y su Kriegsmarine parecían avanzar en el Mediterráneo y en el Atlántico, de pronto el Führer cambió de estrategia y sus tropas penetraron profundamente en la Unión Soviética. Desde Gibraltar hasta Alejandría, pasando por Malta, Tobruk y Bagdad, los ejércitos británicos notaron que las fuerzas del Eje aflojaban notablemente su presión, mientras que un nuevo aliado se unía a su pesar a la coalición antihitleriana. Para Churchill, significó un apreciable refuerzo, aunque le planteaba nuevos problemas en política interior: por orden de Moscú, los comunistas británicos iniciaron, tanto en la prensa como en el Parlamento, una incansable campaña tendiente a obligar al primer ministro a abrir un segundo frente en Europa occidental. Se trataba de aliviar a los ejércitos soviéticos, afectados por la implacable máquina de guerra de la Wehrmacht. Pero, por supuesto, Gran Bretaña, que aún luchaba por su supervivencia, no contaba con los medios para pasar a la ofensiva en Europa...

Cuando los Estados Unidos, atacados en el Pacífico, entraron en guerra el 8 de diciembre de 1941, Churchill pensó que era su salvación: en esa guerra mecanizada, nada podría resistir al poder de la industria norteamericana. Pero entre fines de 1941 y principios de 1942, la situación se agravó considerablemente para Gran Bretaña: frente a Singapur, perdió sus dos únicos acorazados presentes en el Extremo Oriente, el *Repulse* y el *Prince of Wales*; Hong Kong estaba ocupada, al igual que la mayor parte de Malasia; en

el Mediterráneo, un crucero y dos grandes acorazados se hundieron, mientras que los alemanes reiniciaban la ofensiva en Libia y se aprestaban a tomar Benghazi; por último, en el Atlántico, la navegación aliada sufrió pérdidas sin precedentes.

Al volver de los Estados Unidos, el primer ministro tuvo que defender de nuevo a su gobierno contra las críticas de los parlamentarios horrorizados frente a tantos desastres. Los debates que comenzaron el 27 de enero de 1942 debían terminar con un voto de confianza, y algunos esperaban que tuvieran las mismas características que los que se habían opuesto a Chamberlain veinte meses atrás. Pero al cabo de dos días de duras discusiones, Churchill volvió a mostrar su arte:

Hay personas que hablan y actúan como si hubieran anticipado esta guerra con grandes cantidades de armamento y una larga y cuidadosa preparación. Pero eso no es cierto. Durante dos años y medio de combates, solo hemos logrado mantener la cabeza fuera del agua. Cuando me llamaron para ser primer ministro, hace casi dos años, no había demasiados candidatos para ese puesto. Desde entonces, quizás el mercado mejoró: pese a la vergonzosa negligencia, el indecente derroche, la flagrante incompetencia, la complacencia y la falta de organización que nos reprochan todos los días, empezamos a avanzar. [...] Nunca tuvimos los medios y nunca hubiéramos podido tener los medios para luchar solos simultáneamente contra Alemania, Italia y Japón. [...] Me he esforzado por exponer la situación en la Cámara, en la medida en que permiten las consideraciones de seguridad pública. [...] No tengo que ofrecer excusas, ni pretextos, ni promesas, [...] pero al mismo tiempo, expreso mi confianza,

más fuerte que nunca, en una resolución de este conflicto que sea absolutamente favorable para el mejor ordenamiento del mundo futuro.

Churchill demostró su talento de orador al lograr que la Cámara, al principio hostil, le diera su confianza por 464 votos a... 1. Los honorables diputados debieron rendirse ante la evidencia: aunque era difícil resistir a las fuerzas del Eje, era imposible reemplazar a Churchill en la mitad del combate.

Sin embargo, muchos políticos aún pretendían hacerlo; entre ellos, Lloyd George, el diputado laborista Aneurin Bevan, el ex ministro de Guerra Hore-Belisha y el muy marxista embajador y ministro Stafford Cripps. Tras la caída de Singapur, Rangún y Tobruk, cuando el prestigio de Churchill como jefe militar se encontraba en su nivel más bajo y la prensa lo atacaba duramente, creyeron que había llegado su oportunidad. El 1° de julio de 1942, en la Cámara de los Comunes, el diputado conservador sir John Wardlaw-Milne presentó una moción de censura que expresaba “la falta de confianza de la Cámara en la dirección central de la guerra”, y acusó a Churchill de intervenir intempestivamente en la estrategia. Propuso la separación de las funciones de primer ministro y ministro de Defensa, así como la designación de un generalísimo. Pero para ocupar este último puesto, sir John sugirió el nombre del duque de Gloucester, un amable miembro de la familia real que de ninguna manera estaba preparado para ejercer tal función. Hubo cierta indecisión en la asamblea, que se acentuó visiblemente cuando el viejo héroe de Zeebrugge, sir Roger Keyes, equivocándose de blanco, concentró sus ataques en el Comité de Jefes de Estado Mayor y luego declaró, en respuesta

a una pregunta: “La partida del primer ministro sería un desastre deplorable”. Durante los debates, que se prolongaron hasta las 3 de la mañana, lord Winterton encontró argumentos más convincentes, al estigmatizar los disensos ministeriales, las deficiencias materiales y los errores estratégicos. Al día siguiente, el diputado laborista Aneurin Bevan señaló en un insidioso discurso: “El primer ministro gana todos los debates y pierde todas las batallas”. Pero quedó en ridículo cuando propuso entregar la dirección de las operaciones en el terreno a generales checos, polacos o franceses. Sir Hore-Belisha concluyó recordando las innumerables derrotas sufridas en el pasado y reprochándole al primer ministro su falta de juicio, pero cometió a su vez un error fatal al describir largamente la mala calidad de las armas británicas... que habían sido fabricadas en la época en que él mismo era ministro de Guerra.

Esta vez, Churchill habló al final y lo hizo durante más de dos horas con un fuerte tono combativo: “Durante el largo debate que termina, [...] se utilizaron todos los argumentos imaginables para debilitar la confianza en el gobierno, para demostrar que los ministros son incompetentes y hacerlos dudar de sí mismos, para inspirar en el ejército desconfianza hacia el poder civil, para hacerles perder a los obreros toda confianza en las armas que se esfuerzan por producir, para presentar al gobierno como un montón de nulidades dominadas por el primer ministro, y para comprometer la imagen de este último ante sus propios ojos y, de ser posible, ante los de la nación”. Luego hizo una defensa de los generales, los ministros, los diplomáticos, los soldados, las estrategias empleadas y la calidad de los materiales de guerra. Y finalmente, retomó la ofensiva:

No se puede esperar que los generales corran riesgos sin tener la seguridad de ser apoyados por un gobierno fuerte, sin saber que no tienen necesidad de mirar por encima del hombro, ni preocuparse por lo que suceda atrás, sin tener la sensación de que pueden concentrar toda su atención en el enemigo. Y yo agregaría que no se puede esperar que un gobierno corra riesgos sin tener la seguridad de ser apoyado por una mayoría sólida y leal. En tiempos de guerra, si uno quiere que lo sirvan bien, debe ofrecer lealtad a cambio. [...] El deber de la Cámara de los Comunes es apoyar al gobierno o cambiarlo. Si no lo puede cambiar, debe apoyarlo. En tiempos de guerra, no hay otra solución. [...] Cada voto de ustedes es importante. Si el número de los que nos atacaron se reduce a una cantidad despreciable, [...] pueden estar seguros de que se oirán las aclamaciones de todos los amigos de Gran Bretaña y de todos los fieles servidores de nuestra causa, y sonará la hora de la desesperación en los oídos de todos los tiranos a los que tratamos de derrocar.

¿Cómo resistirse a esa clase de elocuencia? El 2 de julio, la moción de censura fue rechazada por 475 votos a 25. Fue el último intento de desestabilización política del gobierno de Churchill hasta el final de la guerra. En el vasto campo de batalla del mundo, el destino cambió poco a poco su curso: Midway, El Alamein, Argel, Stalingrado, Túnez, los desembarcos en Sicilia, en Normandía y en Leyte serían etapas memorables de la recuperación de los Aliados y la declinación de las fuerzas del Eje. Entre el otoño de 1942 y la primavera de 1945, Churchill, hábilmente secundado –y firmemente encuadrado– por sus ministros, sus diplomáticos y sus jefes del estado mayor, fortaleció su posición en el país,

mientras que en el exterior se fue debilitando en forma progresiva en el seno de una coalición aliada que empezaba a ser dominada por los norteamericanos y los soviéticos. Pero en mayo de 1945, cuando Alemania fue vencida, la popularidad de Churchill en Gran Bretaña estaba en su punto máximo, su posición parecía inquebrantable y nadie, ni siquiera los laboristas, dudaban de que conduciría a los conservadores a la victoria en las siguientes elecciones.

DESAPROBACIÓN

Sin embargo, en la política como en la guerra, lo más inesperado es siempre lo más probable. Aunque muchos ministros, diputados, periodistas, sindicalistas, diplomáticos y militares se habían opuesto al primer ministro Churchill en los días más oscuros del conflicto, la gran mayoría de la opinión pública siempre aprobó su acción. Este firme apoyo no se reflejó, empero, en las elecciones de julio de 1945. Se esgrimieron muchas razones convincentes para explicar ese fenómeno, pero así fueron las cosas. Al general De Gaulle no le sorprendió: “Este rechazo, infligido por la nación británica al gran hombre que la había llevado gloriosamente a la salvación y a la victoria, puede sorprender a las personas propensas a las ilusiones del sentimiento. No hubo en ello, sin embargo, nada que no se ajustara al orden de las cosas humanas”. De hecho, aunque los pueblos aceptan, con reticencias, confiar en los grandes hombres durante las grandes tormentas, tienden a volverse en su contra en cuanto las cosas se calman, y en el caso de Churchill, lo hicieron incluso antes de que terminara la Segunda Guerra Mundial. *Quod erat demonstrandum...*